

El milagro alemán

The German miracle

Guillermo de LEÓN LÁZARO

Real Centro Universitario

“Escorial - María Cristina”

San Lorenzo del Escorial

Resumen: En solo cinco años, un país asolado por la guerra se transformó en una gran potencia económica. El llamado “milagro alemán” fue una hazaña, en la que no hubo intervención divina, sino mucho tesón y medidas adecuadas. Años después, tras la caída del muro, los alemanes mantuvieron ese mismo espíritu.

Abstract: In only five years, a country destroyed by the war was transformed into a great economic power. The so called “german miracle” was an exploit, in which there was no divine intervention, but very much tenacity and suitable measures. Some years later, after the fall of the wall, the Germans supported the same spirit.

Palabras clave: Economía, finanzas, milagro, guerra, muro.

Keywords: Economy, finance, miracle, war, wall.

Sumario:

- I. Introducción.**
- II. Reformismo y mucho esfuerzo.**
- III. El demonio de los precios.**
- IV. Fin del racionamiento.**

V. “Ordoliberalismo”.

VI. Dos economías desiguales.

VII. Conclusiones.

VIII. Bibliografía.

Recibido: septiembre 2026.

Aceptado: noviembre 2016.

I. INTRODUCCIÓN

Alemania es la gran potencia económica europea y la cuarta más grande del mundo. Después de casi nueve años de crisis, y mientras muchos países continúan con graves problemas económicos, Berlín puede presumir, y lo hace, de un aparato económico bien engrasado y unas perspectivas a corto, medio y largo plazo mucho mejores que la mayoría de sus socios comunitarios.

Su tasa de paro apenas supera el 4,5%. La inflación, tan temida y polémica, está más que controlada en el entorno del 0,3%, por debajo del nivel de la UE, y su PIB per cápita supera los 44.000 euros, más del doble que hace algo más de tres décadas. Alemania es la locomotora continental, la reina de las exportaciones y, para muchos, a ambas orillas del Atlántico, el modelo a seguir.

No siempre fue así. A principios de la década de los cincuenta, el *Times* de Londres popularizó la expresión “milagro económico alemán” para intentar ilustrar con palabras lo que los números eran incapaces de hacer. Sus cronistas trataban de plasmar cómo un país destrozado por la guerra, con millones de muertos, ciudades derruidas, el 20% de las casas desaparecidas y en medio de un cambio total había logrado, en apenas un lustro, una proeza económica como pocas antes en la historia.

Sin embargo, la palabra milagro no hace justicia a lo ocurrido en la Alemania occidental (y en Austria) de la posguerra. Se trató sin duda de algo extraordinario, pero un hubo intervención sobrenatural de origen divino, sino todo lo contrario.

La impresionante recuperación económica de un país destruido se explica por la adopción de las medidas necesarias en el momento más crítico. Berlín puso en marcha las reformas y leyes más duras cuando hacía falta. Se arriesgó, contra la opinión de la ortodoxia dominante (bajando impuestos, liberalizando y eliminando controles), para generar crecimiento, en lugar de esperar a que este llegará para empezar a reaccionar. Y desde entonces ha hecho algo similar, por lo menos en dos ocasiones más: tras la Reunificación y en la víspera del inicio de la crisis económica de 2007, mucho antes que el resto, cuando nadie lo pedía pero más necesario era el cambio y la visión de futuro.

II. REFORMISMO Y MUCHO ESFUERZO

El milagro alemán fue, y es, en realidad el esfuerzo diario de millones de personas preocupadas por producir, no gastar más de lo que ingresan y hacer todo lo que sea necesario para que los precios no vuelvan a dispararse nunca más. Un proceso puesto en marcha hace ahora sesenta y ocho años y asociado para siempre a los nombres de Adenauer, Alfred Muller-Armack, Wilhelm Röpke, Alexander Rüstow y, sobre todo a Ludwig Erhard.

Alemania, en pocas décadas, se convirtió en un laboratorio natural tan interesante en lo académico como dramático en lo real. Los alemanes soportaron el auge de una hiperinflación salvaje, controles de precios (existía un *Reichskommissar* desde 1936 para exactamente esa tarea), racionamientos desde 1939 y la lenta agonía y desaparición de la democracia. Vivieron una economía de guerra con una planificación digna del socialismo más rancio y, al final, la mitad del territorio, una planificación de “paz fría” dirigida precisamente por Moscú.

Hasta que en el verano de 1948, las reformas puestas en marcha por Erhard, designado por el canciller Konrad Adenauer (y bajo la supervisión del general Lucius D. Clay) para intentar una reconstrucción desesperada, y la multimillonaria ayuda estadounidense, generaron una de las transformaciones más impresionantes de la historia económica moderna.

Las primeras medidas se centraron en la política monetaria. El hundimiento de la República de Weimar caló muy hondo entre los ciudadanos. Antes de la I Guerra Mundial, la lira italiana, el franco francés, la libra inglesa y el marco germano tenían un valor muy similar, y se cambiaban por cuatro cinco dólares. Una década después, en 1921, una lira, un chelín y un franco se podían cambiar por un billón (doce ceros) de marcos, algo a lo que nadie estaba dispuesto.

La desaparición de la divisa alemana ocurrió a lo largo de un lento y dolorosísimo proceso. En 1920, el coste de la vida en el país se había disparado por nueve respecto al lustro anterior, pero “al marco solo le quedaba una cuarentava parte de su valor adquisitivo en el exterior”, como explica Adam Ferguson en *Cuando muere el dinero*.

La inflación trajo miseria, hambre y el caos. “Causó miedo e inseguridad incluso a aquellos que ya habían sufrido demasiado. Fomentó la xenofobia, promovió el desprecio por la autoridad y la subversión del orden público. La corrupción llegó donde nunca antes había llegado y donde no debería haber llegado jamás. La inflación fue el peor preludio posible, aunque con varios años de distancia, de la Gran Depresión y de todo lo que vino después.

III. EL DEMONIO DE LOS PRECIOS

Según cifras estadounidenses, en 1949, el coste de la vida había aumentado en la zona bajo su control un 31% respecto a 1938. El problema es que el dinero en circulación (sumando depósitos) era cuatro veces superior a aquella fecha. Con tanto dinero en los bolsillos y los precios controlados, el resultado era más que previsible: escasez de productos en las tiendas. En 1947, la producción de alimentos era apenas el 51% que en 1938.

No es de extrañar, por tanto, que casi un siglo después el país no haya superado el trauma y recele de los precios como del demonio. Erhard lo tenía muy presente cuando creó el nuevo *Deutsch Mark*, que implicaba en la práctica la desaparición de más del 90% de los antiguos *Reichmarks* (durante la ocupación había funcionado una moneda transitoria).

Pese al *shock*, la decisión era imprescindible para evitar que el coste de la vida se disparara, como hubiera ocurrido con las siguientes medidas: la liberalización de los precios y la supresión de los racionamientos. Además, claro, de bajar impuestos, un duro control del gasto público y la prohibición del déficit.

La Conferencia de Yalta (del 4 al 11 de febrero de 1945) estableció la división en cuatro zonas del territorio alemán. Sobre el papel serían administrativamente y políticamente independientes, pero, en teoría, y especialmente tras Potsdam, se negoció que al menos económicamente se trataría de que funcionasen como una unidad.

La realidad es que tanto Francia como la Unión Soviética tenían muy poco interés en que eso fuera así, por lo que Estados Unidos y el Reino Unido firmaron, el 29 de mayo de 1947, un acuerdo independiente que llevó, de facto, a la unión económica de las dos zonas.

Para delegar paulatinamente las tareas de autogobierno, se creó un Consejo Económico (*Wirtschaftsrat*) con competencia sobre finanzas y política monetaria y para legislar sobre transporte, producción y distribución de bienes, entre otros ámbitos. Y cinco Direcciones (similares a Secretarías de Estado) para las diferentes áreas. En 1948, Francia se sumó finalmente al acuerdo, y en abril se designó a Erhard, que tenía experiencia al frente de las finanzas de Baviera, como responsable del Departamento de Economía de la Administración Conjunta de las Zonas occidentales Ocupadas.

Sin perder tiempo, el 20 de junio, un domingo, entraron en vigor varias leyes fundamentales para el milagro alemán. La primera, la monetaria, introdujo

la nueva divisa, entregándose en dos tandas a cada ciudadano hasta 60 *Deutsch Marks*, si bien posteriormente, y por temor a un exceso de masa monetaria, se matizó la oferta según la cantidad de los antiguos billetes que hubieran consignado a las autoridades.

IV. FIN DEL RACIONAMIENTO

Igualmente, se estableció que el Bank deutscher Länder sería el único emisor autorizado y que no debería haber más de 10.000 millones de *Deutsche Marks* en circulación. Y se produjo una reestructuración salvaje de la deuda existente, con una quita de hasta el 90%. Una semana después entró en vigor la ley que suprimía para siempre el racionamiento y los controles de precios. La propuesta, valiente y polémica, fue junto a la prohibición del déficit y la reducción impositiva, el pilar del nuevo modelo económico germano.

En pocos años, se redujo sensiblemente el impuesto de sociedades, con un tipo único, y paulatinamente los tipos marginales máximos sobre la renta. La importancia de estas políticas no puede ser minimizada. Es el eje que explica la resurrección. De la noche a la mañana, Alemania pasó de ser una economía planificada a una en proceso paulatino pero irreversible de liberalización.

Las decisiones no fueron fáciles. El periodista Edwin Hartrich recogió una anécdota esclarecedora. En un encuentro entre Clay y Erhard, el general estadounidense señaló que sus asesores económicos le decían que las políticas aperturistas alemanas eran un grave error, a lo que Erhard cargado de ironía, replicó: “No les haga mucho caso, mis asesores también lo piensan”.

Pero los efectos fueron inmediatos e incontestables. En cuestión de días, e incluso de horas, tras la entrada en vigor de las nuevas disposiciones las tiendas volvieron a ofrecer lo que durante meses había estado disponible solo en el mercado negro. Las empresas volvieron a tener alicientes para vender, las fábricas, para reabrir y los empleados, para trabajar.

Durante los siguientes años, la producción industrial creció a ritmos de dos dígitos, los sueldos a casi el 10% y la renta per cápita al 8% durante el primer lustro. En 1964, el Producto Interno Bruto (PIB) triplicaba al de 1948.

V. “ORDOLIBERALISMO”

Alemania puso en práctica un modelo propio. Salpicado de liberalismo, pero sin fe ciega en el *laissez-faire*. Con fe en los mercados, pero también en

el papel regulador, protector del débil y garante de los derechos adquiridos. Con oportunidad para las empresas, pero seguridad para los trabajadores.

Los historiadores y economistas hablan de “ordoliberalismo” y de “economía social de mercado”. Que busca ante todo la estabilidad, el orden y la responsabilidad en su sentido más amplio. Por parte del Estado, al que se le presuponen políticas fiscales restrictivas de las empresas, a las que se les exige responsabilidad social; a los sindicatos, que deben ser realistas, y a los ciudadanos, que aportan flexibilidad a cambio de la promesa conjunta de mejora y bienestar general.

La recuperación fue posible solo gracias a la adaptación. Pero el esfuerzo interno, aunque necesario, no fue suficiente, La tierra baldía que era Europa en 1945 se vio beneficiada de la ayuda estadounidense centralizada a través del Plan Marshall. No fue un acto de mera generosidad, sino la muestra de que Washington, recién ascendida a primera potencia mundial, entendía que la economía no es un juego de suma cero, y que el mayor beneficio se obtiene siempre a través de la cooperación y en tiempos de paz.

Finalizadas las hostilidades, buena parte del país, incluyendo las fábricas, había sido arrasado. Además, las potencias ocupantes tenían muy controlada y limitada la producción industrial del país, en especial todo lo relacionado con armamento, barcos o aviones. En 1947, esta suponía apenas el 45% de la de 1936.

La Administración Truman y, posteriormente, la Eisenhower, no iban a permitir que se cometiera de nuevo un error como el de Versalles. En febrero de 1953 se firmó el London Debt Agreement, una reestructuración ingente de las deudas alemanas.

Por aquella época, Berlín tenía contraídas obligaciones con más de 70 países por valores superior a los 30.000 millones de *Deutsche Marks*. La austeridad estaba presente, pero lo que la economía necesitaba en ese momento era toda la liquidez e inversión posible para poner en marcha decenas de miles de proyectos.

Las negociaciones con los acreedores fueron durísimas. Hermann-Josef Abs, el delegado germano, tenía la misión de convertirlos en inversores, pero para eso debía ganarse su confianza, y pese a los evidentes cambios en tiempo récord, la credibilidad de los alemanes estaba todavía en mínimos. Pese a todo, lo logró. El resto del mundo perdonó cerca de la mitad de su deuda a Berlín y accedió a reestructurar la restante para devolverla en nuevos plazos. Alemania consiguió, además, que en esos mismos países empezaran a comprar

las exportaciones alemanas para proporcionarles el efectivo necesario para cumplir sus obligaciones. Un negocio redondo y sin el cual jamás se hubiera podido producir el milagro, pues la losa de la deuda hubiera sido demasiado pesada.

Los historiadores todavía discuten sobre el impacto real del Plan Marshall. Sus efectos fueron evidentes, pero otros países que recibieron proporcionalmente más ayuda no mostraron síntomas de mejoría semejantes. Hasta 1954, el país se vio beneficiado de unos 2.000 millones de dólares. Una cantidad muy alta, pero que incluso en sus momentos más álgidos suponía menos del 5% de los ingresos anuales de la nación. Sin contar los pagos por reparaciones de guerra y otros gastos generados por la ocupación militar.

El *framework* fue internacional, pero el milagro fue nacional. La evolución de la economía alemana en las décadas siguientes fue prodigiosa, pero a principios de los noventa tuvo que hacer frente a otro inmenso desafío: la incorporación de golpe, de millones de personas y la asimilación de un tejido productivo obsoleto tras la Reunificación.

VI. DOS ECONOMÍAS MUY DESIGUALES

La fusión de dos economías contrapuestas llevó a al estancamiento y a un aumento significativo del desempleo. La antigua RFA tuvo que hacer aportaciones multimillonarias (se calcula que más de 1,3 billones de euros en las dos primeras décadas) para integrar a sus vecinos más pobres y un esfuerzo titánico para absorber emigrantes y producción.

Entre 1991 y 2009, los antiguos *lander* comunistas doblaron su PIB, mientras que el de los que pertenecieron a la RFA lo aumentaron solo un 12%. Antes de la reunificación, un alemán del Este ganaba, de media, el 57% de uno del Oeste. En 2009, ya estaba en un 83%, según datos del IFO.

El proceso no ha terminado, pero va por buen camino. En 2003, mucho antes de la recesión global, Gerhard Schröder puso en marcha la Agenda 2010, un ambicioso programa de reformas que se adelantaron, en época de crecimiento, a algunos de los principales desafíos económicos del país: empleo, pensiones y competitividad. Los resultados están a la vista hoy.

Erhard, que entre 1963 y 1966 fue canciller de la RFA, siempre lo tuvo muy claro, y a principios de los cincuenta escribía: “Lo que se ha llevado a cabo en Alemania en estos últimos años es todo lo contrario de un milagro.

Es la consecuencia del esfuerzo honrado de todo un pueblo que, siguiendo principios liberales, ha conquistado la posibilidad de volver a emplear su iniciativa y sus energías”. Hoy, pese a todo, ese espíritu sigue vigente.

VII. CONCLUSIONES

El objetivo de un Gobierno, desde la óptica económica al menos, se concreta en un programa que debe tener como principal meta facilitar a los ciudadanos el Estado de bienestar en un sentido amplio.

Pienso que cuando se emprende un debate político o simplemente se utiliza en él algún término económico, se cae a menudo en una especie de frivolidad técnica, que suele tener un objetivo de seducción para los afines, para los correligionarios y también en ocasiones para el gran público, pero que debe centrarse convenientemente, para conseguir al menos la satisfacción de abrir un debate que resulte enriquecedor y apartado de cualquier tentación partidista. En resumen, esta fue la actitud que tomaron los políticos alemanes de la RFA, al terminar la guerra.

Por ejemplo, me parece que cuando se habla de productividad no se tiene en cuenta en que consiste y ello puede deberse a que existen varias productividades, según le interese a cada uno. Erhard tenía claro que el consumo no tiene que hacernos olvidar el acrecentamiento de la productividad de la economía. Y el impulsó una política económica expansionista, elevando la oferta e impulsando la competencia. Con ello consiguió proporcionar altas tasas de empleo. Así se acercó a la productividad bien entendida y, en consecuencia al “milagro alemán”.

Porque si pensamos en la productividad como la relación entre la cantidad de productos y servicios obtenidos y los recursos utilizados y además introducimos el factor tiempo, nos aproximaríamos a un indicador de eficiencia.

La cuestión descansa sobre la vinculación al ciclo económico y a algunas reformas laborales para tratar de achacar a la baja productividad todos los males. Erhard superó el paradigma del ciclo económico y con su política buscó la prosperidad para todos, pero la prosperidad mediante la competencia.

Los políticos alemanes tuvieron muy claro que la elevación del nivel de vida de la sociedad se basa en el PIB como factor de referencia. Para que todos puedan tener opción a mejoras se precisaba que la base del reparto sea grande, cuanto más, mejor.

Por otra parte, un mercado de financiación adecuado resultaba también un requisito indispensable para conseguir productividad. No es solo por los costes sino también por las posibilidades de acceso a la financiación y a plazos que facilitarían la seguridad de poder disponer de recursos para afrontar el necesario proceso inversor con garantías de éxito.

Finalmente, como hemos comentado con anterioridad, la política monetaria, constituyó un elemento de influencia decisiva en la productividad, con especial peso en los negocios internacionales.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- BAND TÜBINGEN, *On the Economic and Financial Rehabilitation of Western Germany (1945-1948)*, en *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenschaft* 135, 1979.
- BESCHLOSS, M. R., *The Conquerors: Roosevelt, Truman and the Destruction of Hitler's Germany 1941-1945*, pp. 233.
- BRAD, R., *The New Democracies: Global Change and U.S. Policy*, *The Wall Street Journal*, junio 1990.
- CAREW, A., *Labour under the Marshall Plan*, Manchester University, 1987.
- DOWES, J., *Setting the Course for the Federal Republic of Germany: Major Policy Decisions in the Bi-Zonal Economic Council and Party Images, 1947-1949*.
- *Deutsches Geld-und Bankwesen in Zahlen 1876-1975*, Deutsche Bundesbank, Frankfurt and Main, 1976, pp. 24-26.
- ENTRIKIN, J. A. y J. N., *The Marshall plan Today: Model and Metaphor*. Routledge, 2004.
- ESCHENBURG, T., "La hiperinflación alemana de 1923 y la reforma económica de 1948", Karl Dietrich Bracher, 1983.
- FULBROOK, M., *Historia de Alemania*. - ERHARD, L., *Bienestar para todos*, Omega, 1957.
- GAREAN, F.H., *Morgenthau's Plan for Industrial Disarmament in Germany*, Vol. 14 N° 2 (junio 1961) 517-534.

- HARDY, T., *Fundamentos de teoría económica*, 2005.
- HESELER, H., *Del socialismo a la Economía de Mercado: Experiencia en Alemania Oriental*, 1993.
- PIRENNE, J, *Historia Universal: las grandes corrientes de la historia*, Éxito 1973, pp.179-191.
- *Revista Libertas del Instituto Universitario ESEADE*, “La reforma económica alemana de 1948”, 1987.

